

La ducha de la srta. Laura Escribo

Texto: Sandra Gómez Rey

Ilustraciones: Guillem Escriche



Una vez, en la escuela de los Soñadores, había una clase de sexto muy difícil. Los niños y niñas no obedecían a los maestros y hacían travesuras, una tras otra. Abrían las ventanas del aula y gritaban palabrotas a los peatones que pasaban por la calle.

— ¡Lagartos!

— ¡Cagadas de mosca!

— ¡Caraculo de rinoceronte!

En la clase de matemáticas, sumaban, dividían, restaban y multiplicaban letras:

— La $A \times B$, igual a TRALALÁ.

— AEIOU + ¡grrrr!, igual a ¡Ooooooh!

Se lo inventaban todo, y así llenaban la libreta.

En cambio, a la hora del dictado, escribían frases de números larguísimas que no querían decir nada:

— 378905678435437659: 0274092180450981... 287 619 837 985. 78904536728 987094536278921. 8974632098763, 3533377770982156. 34556787990 345 4678 9876 54677, 987452209321. ¡98765143983!

Las redacciones de números no tenían ni pies ni cabeza. Por ello, el maestro no podía aprobar a los alumnos, aunque no hacían faltas de ortografía.

Los de sexto de la escuela de los Soñadores era una clase muy difícil. Los maestros los llamaban los "indomables".

Aquellas criaturas gritaban sin parar, se arrojaban papeles, gomas de borrar, carpetas y enciclopedias, y los maestros terminaban afónicos y, a veces, incluso, castigados de cara a la pared.

La clase de sexto de los Soñadores era el mundo al revés.

Sólo un maestro atrevía con los "indomables". Era el Sr. Estrict. Había aprendido a hacer de maestro durante los años que había sido soldado en el ejército. Era un hombre con una cara muy amarga. Tenía un rostro de piedra. No se reía nunca. No pestañeaba. No tenía amigos, ni quería.

Cuando los "indomables" hicieron travesuras en clase, descubrieron que las órdenes del Sr. Estrict no tenían gracia.

— ¡Sr. Pablo! —gritó, un día, el Sr. Estrict con voz de trueno a un niño que se llamaba Pablo, y que no callaba nunca—. ¡Calle de una vez o le castigaré con hacer cincuenta vueltas al patio!

— ¡Pero si está lloviendo y el patio está inundado! —respondió Pablo, que veía una cascada de lluvia cayendo del cielo, a través de la ventana de la clase.

— ¡A mí no me replica nadie! ¡Salga ahora mismo a correr en el patio! —ordenó el maestro dando un puñetazo sobre la mesa. Todos los niños y niñas se sobresaltaron de golpe, levantando el culo de la silla más de un palmo.

Pablo salió de clase caminando despacio. En el patio, se puso a correr bajo aquel diluvio imposible de agua. Hizo las cincuenta vueltas al patio mojándose, ni una menos. Los compañeros lo miraban desde detrás de los ventanales, en silencio.

Cuando terminó, Pablo estaba completamente empapado, tenía los labios morados y temblaba compulsivamente de frío. Aquello impactó a los "indomables".

Los días siguientes, Pablo se quedó en casa por culpa de un resfriado descomunal, y el Sr. Estrict fue apartado de la clase de sexto.

Alguien, sin embargo, debía hacerse cargo de "la clase maldita" (así la llamaban ahora todos los maestros), y una nueva maestra, joven e inexperta, entró en la escuela. Acababa de salir de la universidad y era la primera vez que se ponía a dar clase.

Los otros maestros la miraban de lejos y comentaban:

— Los malditos "indomables" se la comerán viva —decía uno.

— No durará ni cuatro días —decía otra.

— Me apuesto el sueldo a que hoy sale de la clase llorando —decía otro maestro riéndose por lo bajo.



Todos sabían que no era cierto que hubiera jugado el sueldo; era el tipo más r cano que nunca haya existido sobre la faz de la Tierra. Pero nadie dudaba de que la "nueva" terminaría llorando más pronto que tarde.

La "nueva" se llamaba Laura Escribo y, el primer día, comenzó la clase expresando sus sentimientos.

— Hola, me llamo Laura y me hace mucha ilusión que vosotros se is mis alumnos. Es la primera vez que hago de maestra y me gustaría mucho que me ayudarais a que las clases fueran muy divertidas y apasionantes.

Un vacío silencioso se apoderó de ella. Los niños, sorprendidos, se miraban entre ellos. Se esperaban una maestra igual o más dura que el Sr. Estrict. En cambio, Laura les parecía débil y se dieron cuenta de que podrían volver a hacer animaladas muy pronto.

Unas pequeñas y disimuladas risas malévolas comenzaron a escucharse en la clase. Laura las oyó enseguida, pero no se sorprendió. Sabía que aquel grupo de sexto era muy difícil. Probablemente, eran los estudiantes más complicados que jams tendría delante. Aun así, pens  que una buena comunicación con los niños y niñas sería un buen comienzo.

— Hoy dedicaremos la mañana a hablar de los sentimientos. Cada uno debe decir en voz alta qué cosas le hacen sentir bien —dijo Laura.

Rápidamente, una niña levant  la mano y Laura le dio la palabra con una sonrisa.

— Me llamo Noa, y lo que me hace sentir bien es... ¡jugar a la guerra de papeles!

La niña se levant  de golpe de la silla y lanzó una bola de papel que impactó de lleno en la cabeza de Laura. En un instante, todos los niños y niñas se pusieron de pie y comenzaron a tirarse bolas de papel y todo lo que tenían a mano, los unos contra los otros. Desde ese momento ya fue imposible contener el desbarajuste que se había montado.

Al día siguiente, Laura seguía pensando que tenía que encontrar la manera inteligente de captar la atención de los niños. Les propuso un juego para tratar de relajar los ánimos. Se llamaba La ducha.

Consistía en que un grupo de niños duchaba otro a través de la mímica, tocándolo con los dedos y las palmas de las manos. El juego servía para fortalecer la autoestima y la amistad entre los niños y, también, con la maestra.

Pero un grupo de la clase, capitaneado por Pablo y Eva, una niña que nunca llevaba los deberes hechos, organizaron un pelotón de fuga. Mientras Laura guiaba la actividad de un grupo de niños, el resto se escapaba silenciosamente por la puerta de la clase, corría escaleras abajo hasta el patio y se ponía a jugar al fútbol.

El griterío alertó a la directora que, al comprobar que los "indomables" estaban en el patio jugando, fue a la clase a hablar con Laura. La encontró buscando a los niños por los pasillos desesperadamente.

La noticia del pelotón de fuga corrió por todo el colegio a la velocidad de la luz. El claustro de profesores no hablaba de otra cosa. Los maestros se reían de Laura y de sus técnicas de inteligencia emocional, "de poca monta", decían con desprecio.

Pero Laura era valiente y no se rendía fácilmente. Un día pidió a los "indomables" —ella nunca los llamaba así, para Laura eran sus alumnos y punto— que llevaran una caja de cartón. Dentro debían poner un objeto o un mensaje escrito en un trozo de papel, con la intención de explicar emociones.

Empezaron a abrir las primeras cajas: Alex sacó el collar de Pulgas, su perrito, y dijo que le quería con todas sus fuerzas. Susi sacó un papelito y leyó que había escrito en voz alta: "hoy estoy muy contenta porque mi abuela ha salido del hospital y ha vuelto a casa". Ona mostró el papelito de un caramelo que acababa de sacar de la caja, y dio las gracias a Susi, porque un día Ona estaba muy triste y Susi había compartido con ella su único caramelo.

Llegó el turno de Pablo, el niño de las cincuenta vueltas al patio bajo la lluvia. De dentro de la caja sacó una caca enorme de plástico y explicó que a él le gustaban las cacas porque apestaban, como la escuela que también apestaba y que, por tanto, era una gran caca.

El silencio se hizo absoluto en la clase. Nadie se atrevía a decir nada de nada. Laura sabía que Pablo y su caca buscaban provocar otro desastre. Laura ya tenía una respuesta preparada para Pablo, cuando, de repente, Noa y Eva abrieron sus cajas y, al darles la vuelta sobre el suelo de la clase, cayeron dos cacas de perro enormes, pero no de plástico, sino de verdad. Dos cacas blandas y jugosas que desprendían un hedor insoportable y mareante, que rápidamente se extendió por todas partes.

Todos los "indomables" salieron del aula corriendo y gritando, histéricos. Se tapaban la nariz con las manos y, como podían, aguantaban las ganas de vomitar. Laura abrió las ventanas para ventilar mientras Pablo, Noa y Eva se partían de risa.

Cuando terminaron de reírse se dieron cuenta de que Laura los miraba fijamente, en silencio. Durante unos segundos, los cuatro observaban casi sin parpadear.

— Os felicito; hoy os habéis superado. No sólo habéis reventado la clase otra vez, sino que, además, habéis conseguido que me sienta como lo que habéis traído: ¡como una verdadera caca podrida de perro! —dijo Laura controlando la rabia y la decepción.

Los tres niños no decían nada y, poco a poco, cogieron sus cosas para marcharse.

— ¿Quién os ha dado permiso para iros? —les dijo Laura con autoridad—. De aquí no se va nadie hasta que yo lo diga.

Los chicos se giraron hacia Laura que seguía inmóvil, sentada en la silla, mirándolos fijamente.

— Mañana quiero que traigáis otra caja de los efectos, y recordad que dentro debe haber un objeto o un trocito de papel con un mensaje escrito, relacionado con una emoción que deberéis explicar. Si queréis traer otra caca, traedla, pero entonces deberéis explicarme por qué las cacas os emocionan. Lo único que me interesa saber es qué os emociona de verdad, y si es una caca, lo quiero entender. Ya podéis iros.

Los tres niños terribles se quedaron con la boca abierta y se fueron pensando que la maestra se había vuelto loca.

Por su parte, Laura tenía muchas dudas de si estaba haciendo lo correcto. Pero una cosa sí tenía clara: estaba decidida a no dejar por inútil la clase de los "indomables", y menos aún a los tres capitanes del apocalipsis: Noa, Eva y Pablo.

Al día siguiente, sin embargo, Laura no apareció. Cuando los niños y niñas entraron en clase se les cortó la respiración de golpe. El Sr. Estrict los esperaba de pie junto a la pizarra, con una cara rígida y dura que daba miedo.

— ¡Siéntense! ¡De prisa! —ordenó el maestro. Todos corrieron a ocupar su lugar.

El Sr. Estrict les explicó que la Srta. Laura Escribo había abandonado la escuela y que no la volverían a verla nunca más.

— ¡Es culpa de Pablo, de Noa y de Eva, que no han parado de hacerle la vida imposible! —chilló Susi indignada, con los ojos llenos de lágrimas, mientras los señalaba con el dedo.

— ¡Es verdad! —afirmó Alex rabioso, poniéndose en pie—. Sois los verdaderos y únicos "indomables" de la clase, y ya estamos un poco hartos de aguantaros.

Dicho esto, Alex se fue directo a Pablo y le clavó un tortazo en toda la cara. Pablo no se quedó de brazos cruzados y se lanzó sobre Alex dándole puñetazos y patadas en las piernas.

La clase se convirtió en una auténtica revuelta de gritos, tortazos, libros volando y llantos descontrolados. El Sr. Estrict no podía detener aquel caos extraordinario que duró un rato, hasta que la directora entró en la clase.

Al verla, todos dejaron de pegarse y de gritar. También dejaron de hacerlo porque ya empezaban a estar cansados de tanto bullicio y de tanta guerra.

Cuando al fin quedaron callados, la directora habló:

— ¿Quién es el responsable de esta pelea? —preguntó con los ojos atentos para cazar al culpable.

Todos quedaron mudos. Podían ser unos malditos "indomables", pero no unos charlatanes delatores, y nadie dijo nada. Nadie menos el Sr. Estrict, que cogió por las orejas Alex y Pablo y los plantó ante la mirada inquisidora de la directora.

— Estos son los responsables —dijo el maestro.

— Laura ha marchado de la escuela por culpa de Pablo y sus bromas insoportables —dijo Alex furioso e intentando pisar a Pablo.

— Yo no he hecho nada —se defendió Pablo.

Pero la directora no quería más peleas y les mandó callar.

— ¿Quién ha dicho que la Srta. Escribo ha abandonado el colegio? Laura Escribo estará unos días fuera porque ha perdido a una persona que quería mucho, pero la semana que viene volverá.

La mentira del Sr. Estrict había quedado al descubierto. Les había engañado para angustiarles, haciéndoles creer que le tendrían de maestro para siempre. Al descubrirlo, la directora le acusó de ser el verdadero instigador de la revuelta y le abrió un expediente de aquellos que hacen temblar las piernas.

Cuando la Srta. Laura Escribo volvió, los niños y las niñas "indomables" la esperaban sentados en clase en medio de un silencio profundo y respetuoso. Laura arrastraba una mirada triste y se la veía aún muy afectada por la pérdida.

Susi la cogió de la mano y se la llevó al centro de la clase. Todos los niños y niñas la rodearon y, poco a poco, comenzaron a jugar con ella al juego de La ducha.

Lentamente y en silencio, comenzaron a hacerle un masaje suave de una ternura indescriptible: primero, con los deditos de las manos tocaban a Laura por todo el cuerpo: movían los deditos con delicadeza y la acariciaban, como gotas de agua fina que caen incesantes sobre la cabeza, la cara, los brazos, los hombros, las piernas, las rodillas y los pies.

Después, la enjabonaron lentamente con las palmas de las manos haciéndole círculos sobre la espalda y la barriga: las manos de los niños la frotaban amorosamente y a Laura se le escapó una lágrima.

A continuación, los deditos volvieron a tocarla para enjuagarla y sacarle todo el jabón, y, a continuación, Eva y Noa la fueron secando apretando las palmas de sus manos, tranquilamente, sobre el cuerpo de Laura, poco a poco.

Por último, Pablo le puso crema corporal: con las manos abiertas haciendo movimientos de abajo arriba y de arriba abajo. Cuando hubieron terminado, Laura abrió sus ojos tristes y les dio las gracias. Después, todos juntos la abrazaron fuerte con un abrazo-albornoz de amor, respeto, reconocimiento, y de un profundo y sentido agradecimiento.

Fin



FAROS

La guía de la salud y el bienestar para tus hijos



Los cuentos de la abuela es un recopilación de cuentos que el Observatorio de la Infancia y la Adolescencia FAROS pone al alcance a través de su página web (<http://faros.hsjdbcn.org/>) con el objetivo de fomentar la lectura y difundir valores y hábitos saludables en la población infantil.

FAROS es un proyecto impulsado por el Hospital Sant Joan de Déu con el objetivo de promover la salud infantil y difundir conocimiento de calidad y actualidad en este ámbito.

Sant Joan de Déu 

HOSPITAL MATERNOINFANTIL - UNIVERSITAT DE BARCELONA